

# INSECTOLOGÍA

Alejandro Rogazy

agosto - octubre  
2025

D 21



# La naturalidad es una pose muy difícil de mantener

Rita Ferrer

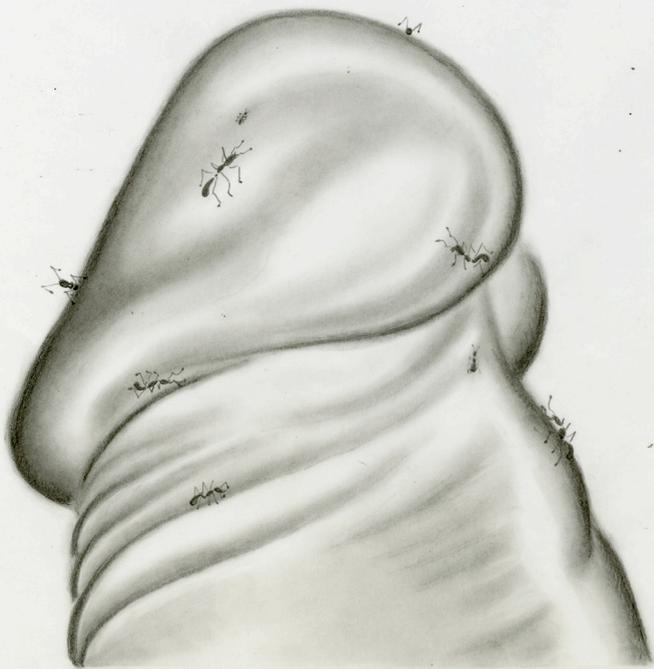
Hormigas y mariquitas; pilmes, cantáuricas y peorros; aludos, mantis y mariposas; zancudos amenazantes y pololo diminuto posan impecablemente coloreados en glandes imponentes, penes erguidos y testículos dibujados al carbón por Alejandro Rogazy, artista, restaurador, entomólogo, quien vivió una infancia bucólica en Victoria y Valdivia, donde a los dieciséis años ingresó a estudiar agronomía en la Universidad Austral hasta su instalación en Santiago: momento de definiciones identitarias, reconoce, y adopción de un nuevo estilo de vida.

Su propuesta me dirige como un ramalazo a Michel de Montaigne quien escribe que cuando juega con su gata, duda si es ella la que pasa el tiempo con él más que él con ella. Más aún, cuando de Montaigne imagina al “hombre” del todo desnudo, incluso en el sexo que parece participar más de la belleza, pero que sin embargo sus taras, su vulnerabilidad natural y sus imperfecciones, ... hemos tenido más razón que cualquier otro animal para cubrirlos, resuenan desde el pasado.

Si bien en las últimas décadas, las investigaciones etológicas han ido desdibujando los límites entre lo humano y lo animal, la extendida tradición moderna sigue sustentándose en un sistema binario conceptual, en el que una de las partes está subordinada a la otra: tal como acontece en la dupla hombre/animal, destacándose en primer lugar la razón y la palabra, pero también muchas otras capacidades y atributos que se le han negado al animal. Binarismo que es extensible a los principios masculino/femenino, que realzan la potencia penetradora del hombre en contrapunto con el hueco del sinsentido en la mujer, asociándola con la locura y la animalidad.

Se trata de la relación que ha establecido la cultura falogocentrista entre sujeto, verdad y poder: razón de quien penetra y sinrazón de quien es penetrada; condición humana de quién penetra y animalidad de quien es penetrada. Una política de larga data que asegura la tradición de su verdad, y en palabras de Jacques Derrida, en la que ya no se trata solo de conocer, mostrar, explicar, sino de quedarse. Y de reproducir.

En la década de los 80's del siglo pasado, cuando Rogazy llega a Santiago con dieciséis años, este dualismo está expuesto poéticamente en nuestro medio por Juan Luis Martínez en La nueva novela, donde hacia el final, en la Nota 7, Martínez aplica un diagrama sobre la famosa fotografía de Alicia Liddell de Lewis Carroll, “Portait Study of a Lady”. El artista visual y poeta fragmenta la imagen en círculos concéntricos en el área de la imagen distribuida en arriba/abajo. En la página enfrentada, Nota 8, Descripción de una Boda, ilustra la página una perra descabezada con un cinturón de



castidad en sus cuartos traseros...Después de la boda, el erotismo solo ofrece a la novia: (Delia Fernández) una compensación pasajera, al nivel de la experiencia animal y que incluso pueda ser grotesca.

Insiste así después de cuatro décadas, inmutable, el lugar común del imaginario dominante de nuestras sociedades que asume que toda penetración produciría un efecto feminizante, y al unísono, descarta toda posibilidad que un individuo penetrado ejerza poder: su posición persiste próxima al animal. Por eso, a primera vista resulta absurda en esta propuesta homo erótica de Rogazy la posibilidad de penetración, debido a la desproporción entre el enorme falo signado por la violencia, donde la victoria le corresponde al principio masculino -activo y arrollador- y las mariquitas, chinitas, cicciolinas diminutas que simbólicamente tendrían una "cavidad" inaccesible: entidad negativa que carece de identidad. En ningún caso, Rogazy presentaría a un picado de la araña.

Por el contrario, el artista advierte simbólicamente que cuando la penetración es cometida con otro hombre entra en la esfera de una libido dominandi del dominador, entonces, la sumisión en el amor fati; es decir, la devoción del dominado por el dominador se complementa entre ambos. A través de su obra, parece advertirnos, al igual que lo hiciera de Montaigne con su gata en los albores de la modernidad en el siglo XVI, no saber si él elije o las mariquitas lo elijen a él.

El refinamiento de los dibujos de Rogazy inspirados en la iconografía Shunga tradicional, que ha disfrutado muchas primaveras, y el trazo sutil del carboncillo exhibidos en esta ocasión, acentúan el contraste entre: lo inmenso inabarcable y lo diminuto, lo marcadamente atenuado y lo fuertemente exagerado, que ofrecen, ahora, oportunidades expresivas, por mor a técnicas virtuosas desarrolladas, monocromas y coloreados, en cada uno de los veintitrés dibujos que forman la serie Insectología.

En su obra, percibo otro paso más en su camino emprendido en los años ochenta momento de definiciones identitarias, como se ha dicho, y adopción de un nuevo estilo de vida, que le han permitido a través de su arte, oficio y prácticas cotidianas un cuidado de sí y de los "otros" para transformarse, gobernarse y alcanzar una subjetividad ligada a la búsqueda de diversos saberes y construcción de su propia identidad. Prácticas todas ellas intrínsecamente asociadas a relaciones de poder y consumación de arte vida: su vida como obra de arte...junto a...

...hormigas y mariquitas; pilmes, cantáuricas y peórrros; aludos, mantis y mariposas; zancudos amenazantes y pololo diminuto...



# Un fauno suelto en la ciudad: de una insectología a una falogénesis en la obra de Alejandro Rogazy.

Juan Pablo Sutherland

El tránsito de una insectología a una falogénesis<sup>1</sup>, es el propósito de este texto, recorrido que homenajea la mirada del fauno<sup>2</sup> presente en la cita que Alejandro Rogazy realiza en sus dibujos, mirada premoderna del sexo-masculino presente en esta muestra. La frontera entre la historia del erotismo, homoerotismo y algunos nudos de la visualidad medieval me parecen pertinente para repasar en este conjunto de dibujos, pues la cita reitera, o gestiona diversas formas de pensar lo erótico desde la tradición antigua hasta los efectos de ciertas hermenéuticas del cuerpo masculino como el fetichismo de la industria del porno actual, incluida la del mundo gay globalizado.

Insectología de Alejandro Rogazy convoca un recorte singular más allá de algunos universos eróticos antes de la gramática del sexo industrializado moderno pasando por el erotismo del salón burgués hasta el enclaustramiento del sexo masculino en la narrativa del porno contemporáneo. Es decir, el sexo, como la verdad última del régimen de la diferencia sexual que anclara Thomas Laqueur en la anatomía medieval.<sup>3</sup>

El recorte corporal al que asistimos con el trabajo de Alejandro Rogazy pone en escena la tradición antigua de la fiesta rabelesiana que se colectiviza en la plaza pública o en la visualidad pantagruélica. Me interesa leer el conjunto de insectología como una falogénesis ligada a la cultura medieval, donde el cuerpo se disecciona y se convierte en personaje-órgano. En ese sentido, citaré algunos nudos del cuerpo grotesco en el análisis de los textos de Rabelais tomado por Bajtín<sup>4</sup>.

1. Propongo la idea de Falogénesis para imaginar o citar ciertas tradiciones antiguas que vinculan la genitalidad masculina con ritos de fecundidad, celebración del goce dionisiaco o en la presencia de la hiperbolización del miembro masculino por ejemplo en los libros de Rabelais que Bajtín trabajará notablemente sobre el carnaval y la cultura popular.

2. Fauno o sátiro, parte de la mitología romana, son criaturas que habitan en los campos, bosques, mundo natural y representados en el cruce semihumano y animal, siempre en escenas orgiásticas, sexo en el campo y en una viva interacción entre lo animal y el hedonismo de lo humano.

3. Laqueur, Thomas, *La construcción del sexo, cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Ediciones Catedra, Madrid, España, 1994.

4. Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la edad media y el renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

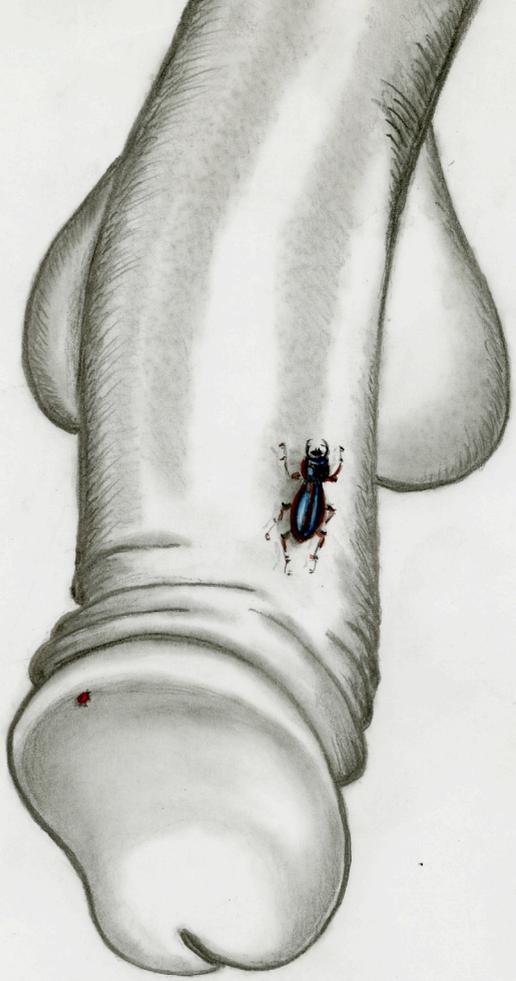


Es importante para Bajtín explicitar lo material corporal a través de las imágenes del cuerpo grotesco. En ese paisaje, este cuerpo es caracterizado siempre en una metamorfosis que no tendrá cierre, será incompleta, pues señala un umbral del ciclo natural de la vida, el nacimiento, la muerte, evolución y crecimiento. La imagen de lo grotesco se asocia al tiempo, como concepción histórica de la vida. Señala Bajtín: “La actitud respecto al tiempo y la evolución, es un rasgo constitutivo (o determinante) indispensable de la imagen grotesca” (...) Estas características constituyen nociones que relevan ciclos de vida natural y biológica. Por otra parte, se entiende además que esta idea de la materialidad adquiere en ese proceso un carácter histórico, asumiendo formas de expresiones ideológicas y artísticas.

En el mundo presentado por Rabelais, Bajtín reconoce la ambivalencia y la contradicción de las imágenes grotescas, que conservan su naturaleza original, pero que se distanciarán de la vida cotidiana. Bajtín ocupa una interesante imagen para retratar esta secuencia, en que la imagen grotesca cruza el camino de la vida en una evolución que incluye nacimiento y muerte, o inicio de la vida y vejez. Ejemplifica en las Ancianas Embarazadas, de Kertch. La imagen de lo grotesco es entonces ambivalente, que curiosamente posee esa cualidad donde el tiempo nuevo se cruza con lo viejo. La imagen de las ancianas embarazadas o preñadas de la embrionaria vida que viene, evidencian un sentido dialéctico, sucesión que es una de las premisas básicas de lo material corporal en la imagen grotesca. El cuerpo es soporte de ese tránsito o, más bien, desde esa cualidad o condición la imagen grotesca despliega toda una topografía de lo bajo. Partes del cuerpo que entran en conjunción con la tierra, vientres, zonas genitales, fluidos corporales que se unen a lo bajo como renovación del ciclo. Cuerpo que señala Bajtín en medio del mundo, no separado de él:

“A diferencia de los cánones modernos, el cuerpo grotesco no está separado del resto del mundo, no está aislado o acabado como perfecto, sino que sale fuera de sí, franquea sus propios límites. El énfasis está puesto en las partes del cuerpo en que éste se abre al mundo exterior o penetra en él a través de los orificios, protuberancias, ramificaciones y excrecencias tales como la boca abierta, los órganos genitales, los senos, los falos, las barrigas y la nariz” (...)

El conjunto de dibujos que componen insectología citan retazos del universo erótico medieval en la frontera con el imaginario renacentista. En esa línea, estas imágenes pulcras y detalladas del falo antes del falo conviven perfectamente dialogando con la visualidad medieval en los libros de Rabelais: Pantagruel, Gargantúa entre algunos. Es relevante citar la escritura grotesca del mundo popular tanto en la escritura Rabelesiana como en su impacto visual.



# Una infección de insectos en los dibujos de Alejandro Rogazy

Felipe Rivas San Martín

La palabra “insectología” que da título a la serie de dibujos de Alejandro Rogazy es un término engañoso. En sentido estricto su uso se considera un error o -en el mejor de los casos- una versión anticuada de la palabra entomología, ampliamente aceptada para referir al estudio científico de los insectos.

El engaño se ve aumentado por otro fenómeno. La palabra “insectología” se parece mucho a otra: “infectología”, definida como la “subespecialidad de la Medicina Interna que se ocupa de la prevención, diagnóstico y tratamiento de diversas enfermedades causadas por agentes infecciosos como virus, bacterias, parásitos y hongos”.

El motivo de los dibujos de Alejandro Rogazy podría ser descrito a partir de esta confusión homofonética: órganos sexuales masculinos infectados de insectos. Se trata de un asunto a la vez literal y metafórico, pues sus dibujos son perturbadoramente atractivos justamente por esta extraña yuxtaposición perversa entre penes e insectos. Es como si las moscas, grillos, mariposas, mariquitas, sanjuanés, fuesen ETS's que infectaron la piel. Como si el microbio hubiese transmutado en insecto para acechar -en una nueva escala- al cuerpo humano en su condición sexual.

Pero la infección constitutiva de esta serie está determinada también en un nivel artístico. Son tres los referentes visuales de los que Rogazy echa mano para construir sus obras. En primer lugar, los dibujos homoeróticos de Tom of Finland, ícono visual de la cultura queer y BDSM durante el siglo XX. Luego, el dibujo entomológico, disciplina científica que el artista ejerció en sus años como estudiante de Agronomía en la Universidad Austral de Chile. Y finalmente el Shunga o estampa erótica japonesa que se desarrolló durante el periodo Edo (1603-1867).

Esas tres referencias tan distantes entre sí se entremezclan, contaminan e infectan de una manera particular. A diferencia del habitual exceso y sobrecarga visual de las prácticas artísticas de la hibridez, el ejercicio de Alejandro da como resultado una serie de dibujos limpia, minimalista y sutil. En última instancia, Insectología de Rogazy da cuenta de un tipo de infección singular, asociada a sus propios deseos (visuales, sexuales, culturales) y a una intensidad vital que tuvo que contenerse, resguardarse y someterse a un aislamiento monacal, cuando aconteció la pandemia del COVID-19, una amenaza de infección planetaria y que fue el contexto en que este proyecto artístico surgió.



*“Si conociésemos mejor el instinto de los insectos, sus límites y sus relaciones con la inteligencia y el Anima mundi, aprenderíamos quizá a conocer, siendo los datos idénticos, el instinto de nuestros órganos donde, verosímilmente, se ocultan casi todos los secretos de la vida y de la muerte”.*

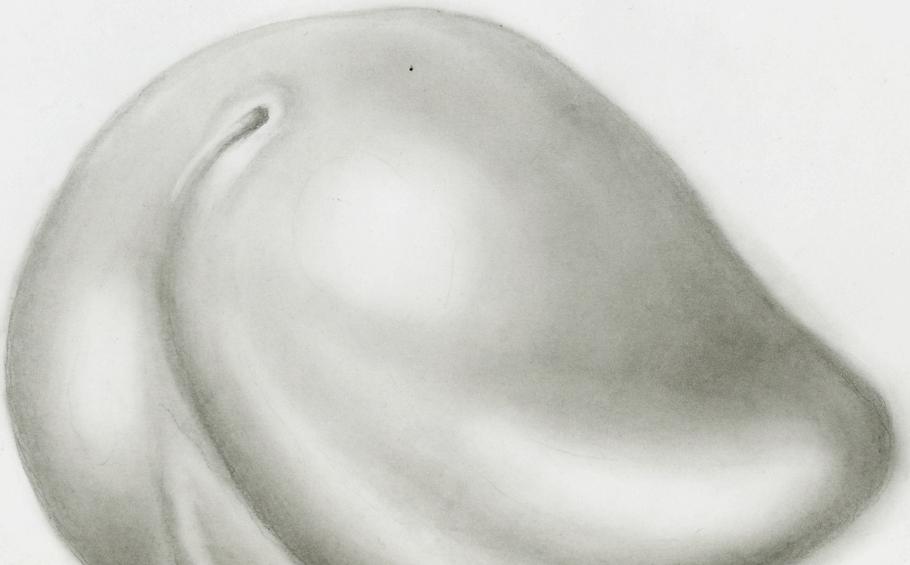
MAURICE MAETERLINCK  
(La vida de las termitas, 1927).

Diversas especies de coleópteros, hormigas, una mariposa, una libélula, una mosca y una termita. Todos en la última etapa de su metamorfosis, ilustrados a color con la precisión técnica de un explorador naturalista o un entomólogo, se posan sobre diferentes encuadres de un pene esbozados con carboncillo por Alejandro Rogazy durante su extenso confinamiento iniciado en marzo de 2020. La decadencia política era pornográfica, el arte era resistencia al mundo pereciendo.

Solo en compañía Lucifer –ese es el nombre que le puso al gato– al artista, restaurador y escenógrafo no le quedó otra que ponerse a pensar en la inmortalidad del cangrejo. La mortalidad de los seres humanos estaba siendo notificada a diario como mero hecho estadístico, mientras lo poco que quedaba de moralidad conservadora se terminaba de ir al carajo. Incluso una senadora de la UDI figuró recostada sirviéndose una copa de vino en plena sesión parlamentaria vía telemática, como si la crisis sanitaria y el estado de excepción fueran asunto baladí. Lo excepcional se desvaneció allí en simpleza.

Todo era explícito, demasiado explícito, carente de ensoñación. Ponerse allí a dibujar genitales e indagar en la ilustración entomológica parecía una vía de escape bastante sincera y razonable. Hasta de una moral estética que bordea la belleza sublime en la más tradicional de sus facetas: la finitud del ser humano frente a la inmensidad de la naturaleza, aunque los insectos parezcan seres insignificantes. Para Adolfo Couve la belleza tenía que ser “poca cosa”, y en sus dibujos, aunque algo estrafalarios, Rogazy logra una estupenda síntesis constructiva con economía de medios expresivos.

En esta serie de dibujos, la figura del pene –observada en un dildo plástico como modelo– es ambivalente en relación a la de los insectos; aunque están delimitadas por códigos visuales diferentes, la percepción óptica no es capaz de jerarquizar entre la importancia de la una y la otra, situándonos ante la incertidumbre de un juego abyecto. Atractivo, y a la vez repulsivo. Fascinante como la mirada absorta de un voyeurista ante una escena desbordada de



la más pueril obscenidad. Una provocación fuera de sí, sin objeto definible. Puro deseo por el goce en la perversión.

Pareciera aquí que los escorzos del dildo monocromo operaran como una metonimia a la calavera; símbolo de vanitas: tópico barroco, alusivo a la futilidad de la existencia. Podrían así, entenderse como una serie de naturalezas muertas. Entre la carne inerte del dildo y la vitalidad cromática de los insectos que recorren su superficie, se desliza la ausencia de humanidad en su relato. O quizás, a su aparición insospechada, ni tan implícitamente, a través de la formicofilia como reemplazo al afecto sexual humano; a estas alturas tan efímero y superficial como la fase de imago que lucen estos insectos en edad de merecer.

La obra de Rogazy me recuerda a un relato anónimo publicado en la desaparecida versión impresa de *The Clinic*, que daba a conocer una curiosa estrategia para masturbarse, reconociendo la escasez de mujeres dispuestas a prestarse para satisfacer su fantasía sexual de practicar la “paja rusa”. En la columna *La carne* firmada por el seudónimo Carolina Errázuriz Mackenna, el entrevistado confesaba recolectar moscas vivas que después metía en bolsas de papel, para luego introducir el pene y masturbarse al compás de sus alas revoloteando, hasta sentir el orgasmo y eyacular.

Su fórmula requería de una bolsa de papel kraft, una hallulla, un sobre de mermelada y cinta de embalaje. Cortar el pan por la mitad y untarlo. Luego, disponer las mitades a temperatura ambiente y en un lugar ventilado, hasta que se posara un enjambre de moscas alrededor. Por último, capturar rápidamente a los bichos dentro de la bolsa, sellarla sobre la base del miembro, menear la mano con delicadeza para ofrecerle el glande bien expuesto al enjambre, y dejar que la naturaleza haga lo suyo motivada por el alma mundi.

Si bien, ese sujeto parece a todas luces un crápula –J.H. Fabre, padre de la entomología, habría escrito: “el insecto no tiene moral”–, algo de buenas costumbres había en su ritual previo al onanismo: a las moscas les ofrecía algo que comer, antes de proceder a hacerle cariño al gato. Como con Rogazy y su obra, aunque pueda haber pornografía nunca se pierde el hábito de la elegancia. Ni con el más vil de los insectos.



